El *Diario* de Enrique Gil y Carrasco en la literatura de viajes

ANA MARÍA FREIRE LÓPEZ
UNED (MADRID)

Literatura de viajes y costumbrismo periodístico

En el estudio de la literatura de viajes queda mucho por hacer. Los textos, entre los que es posible advertir puntos comunes, que les dan la unidad necesaria para ser agrupados bajo un mismo sintagma, presentan una gran variedad formal o tipológica.

En el siglo XIX el *Viaje de España* de Antonio Ponz era ya un clásico; sin embargo, a pesar de la diferencia de estilo, podemos encontrar en él un precedente de lo que vendría después. Con Ponz nos acercamos por vez primera a *mirar* cada uno de nuestros monumentos artísticos, que no mucho después vendrían a *admirar* los extranjeros. Existe una continuidad entre la descripción admirativa de nuestras riquezas artísticas, reunidas en esa obra de conjunto, los cuadros descriptivos de monumentos históricos que no mucho después irían apareciendo en la prensa periódica, y los libros de viajes que contienen pasajes semejantes, en una sucesión que muestra cómo va evolucionando el estilo y cómo se van diversificando las modalidades.

En el siglo XIX la literatura de viajes mantiene una estrecha relación con la prensa, no solo porque muchas de esas obras se publicaron por entregas en periódicos y revistas, antes de aparecer en volumen, sino porque la prensa fue la palestra en la que los autores de relatos de viajes *hicieron sus armas*, se ejercitaron y ensayaron los *materiales*, los elementos, que luego utilizaron en la redacción o confección –a esto me referiré más adelante– de sus obras. Tenemos así que la literatura de viajes del siglo XIX integra elementos literarios reconocibles e independientes: cuadros, escenas y tipos son ingredientes imprescindibles de cualquier obra de literatura de viajes.

Tal vez por eso, quienes editaron las obras de Enrique Gil aunaron desde el primer momento sus textos viajeros y su obra periodística costumbrista, tanto en las *Obras en prosa*, editadas en 1883 por sus amigos Joaquín del Pino y Fernando de la Vera e Isla, como en la edición de Jorge Campos en la Biblioteca de Autores Españoles, donde agrupa bajo el rótulo de "Artículos periodísticos" (que subtitula "Costumbrismo y viajes") tanto los artículos publicados en la prensa y el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, que también nació en la prensa, como el *Diario de viaje*, que su autor dejó inédito y que, por lo menos tal como hoy lo conocemos, no es un texto destinado a una publicación periódica. No obstante, y por la razón antes apuntada, bien está en compañía de los artículos de costumbres.

La literatura de viajes es literatura de la experiencia. Por este motivo adopta distintas modalidades del género autobiográfico, y así la forma de diario o de colección de cartas es el hilo en el que con frecuencia se engarzan esas cuentas –escenas, tipos, cuadros–, de mayor o menor tamaño, de más o menos riqueza y valor.

La carrera literaria de Enrique Gil fue muy corta –de finales de 1837 a principios de 1844–, como la de su amigo José de Espronceda; como la de su amigo Jacinto de Salas y Quiroga. Pero, a pesar de su brevedad, Gil y Carrasco cultivó el costumbrismo periodístico, publicando en la prensa, hasta donde sabemos, la descripción de una serie de joyas arquitectónicas de León, como son la catedral[1], la iglesia de San Isidoro y el panteón de los Reyes[2], el palacio de los Guzmanes[3] y el hospital de San Marcos[4], así como del castillo de Simancas y el archivo que contiene[5] y de El Escorial[6]. Además, dedicó otros artículos a una serie de tipos, también propios de la literatura costumbrista: los maragatos[7], los montañeses de León[8], los asturianos[9], los pasiegos[10], el pastor trashumante[11], el segador[12] y el maragato[13].

---

[1] *Semanario Pintoresco Español*, 10-II-1839.
[2] *Ibidem*, 17-III-1839.
[3] *Ibidem*, 28-IV-1839.
[4] *Ibidem*, 9-VI-1839.
[5] *Ibidem*, 22-IX-1839.
[6] *El Pensamiento*, 23-IX-1841.
[7] *Semanario Pintoresco Español*, 24-II-1839.
[8] *Ibidem*, 14-IV-1839.
[9] *Ibidem*, 12-V-1839.
[10] *Ibidem*, 30-VI-1839.
[11] *Los españoles pintados por sí mismos*, I, diciembre de 1843, pp. 439-446.

En algunos de estos artículos –los maragatos, los montañeses de León, los asturianos y los pasiegos– se sirvió de la forma epistolar, presentándolos como redactados en el contexto de un viaje, que apenas se apunta. Los otros tres artículos –el pastor trashumante, el segador, el maragato– obedecen al encargo que se le hizo para *Los españoles pintados por sí mismos*, y el autor/narrador no aparece en el texto. Pero todos ellos son fruto de esa peculiar *mirada costumbrista* que está en la raíz de los textos de Gil que se consideran propiamente literatura de viajes, tanto del *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* como del que hoy conocemos como *Diario de viaje*. De éste voy a ocuparme, no sin antes puntualizar algo que creo de la mayor importancia. Y de justicia con Gil y Carrasco.

Una obra que su autor no editó

Algunos críticos de la obra de Gil han afirmado que este texto –del que, por otra parte, no se han ocupado a fondo– carece de valor literario. Desde luego, no se le puede aplicar lo que M.ª Paz Díez-Taboada afirmó del *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* que, al leerlo, "uno tiene la impresión de estar ante una obra largamente pensada y madurada" y que "la obra responde a un plan previamente concebido con evidente rigurosidad" (Gil: 1985: 137). No tenemos esta impresión al leer el *Diario*, al que mucho más que al *viaje a una provincia del interior* parece convenirle el título de *bosquejo*. Otros estudiosos le conceden un valor sobre todo documental, como buen auxiliar que es para conocer la peripecia biográfica de Gil, y este criterio parece haber presidido la edición de Valentín Carrera en el último tomo de la preciosa BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO (Gil: 2015–VIII), en la que el editor entrevera el *Diario* con otros textos de carácter oficial que fueron escritos en las fechas en que los inserta.

Por mi parte, creo que el *Diario de viaje* de Gil merece una valoración, si no mayor, sí diferente, porque algo esencial queda oscurecido en los juicios anteriores, y que el mejor tributo que le puedo ofrecer a Gil y Carrasco en su centenario es recordar a sus lectores que el que sus primeros editores llamaron *Diario de viaje* –sin que sepamos si fue Gil quien le dio este título– no es una obra acabada, y que por tanto no puede juzgarse como tal.

---

[12] *Ibidem*, II, febrero de 1844, pp. 75-80.
[13] *Ibidem*, II, febrero de 1844, pp. 225-230.

Considero que, con todas sus irregularidades, el *Diario* es un texto literario valioso en sí mismo, más allá de que nos sirva para conocer un período de la corta vida de Gil y de que en él encontremos, de cuerpo entero, a su autor. Aunque se trate de una *memoria de papel*, de unos apuntes personales, quizá para revisarlos más adelante, siempre tendrá el valor de ser esa primera redacción que tantas veces habríamos querido conocer de obras que habitualmente solo podemos leer en su versión definitiva. El *Diario* de Gil es, por tanto, una fase, un estadio del *hacerse* de la obra literaria, un texto germinal, que nos muestra a su autor tal como es, y su escritura sin retocar, tal como brotaba de su pluma.

Consiste el *Diario de viaje* en anotaciones hechas al hilo de su itinerario, día a día, y a veces a distintas horas de un mismo día, con el deseo de no olvidar nada de lo que su autor ve o de lo que siente, que le parezca que vale la pena consignar. Y están redactadas en una cuidada prosa castellana, propia de quien se ejercita en cultivar su propio estilo, máxime cuando éste corre el riesgo de sufrir deterioro al contacto con otras lenguas, como el francés en que redactaba sus informes oficiales durante el viaje, o como el alemán en que debía comunicarse oralmente en tierra extraña.

Nos encontramos, pues, ante un texto que su autor no publicó, y que, si tenía el propósito de hacerlo en un futuro que nunca llegó, quizá hubiera sido modificado en alguna medida, y tal vez ampliado con otros textos del autor.

El manuscrito del *Diario*

El *Diario* llegó a España después de la muerte de Enrique Gil en Berlín, y fue publicado por primera vez en la edición de sus *Obras en prosa* (Gil: 1883), preparada por sus amigos Joaquín del Pino y Fernando de la Vera e Isla, los únicos –quizá también Gumersindo Laverde– que tuvieron en sus manos el manuscrito original, que se da por perdido en 1939 (Picoche: 1978: 210).

Desde que se conoció, varios estudiosos han coincidido en apuntar que, aunque se trata de notas no destinadas inmediatamente a la imprenta, su autor podría haberlas tomado pensando en la posterior publicación de un libro. Esto es verosímil, porque no sería la primera ni la última obra de literatura de viajes, extranjera o española, *confeccionada* después de haberla redactado su autor, agregando al conjunto elementos que quizá no fueron escritos pensando en ella, pero que el autor aprovechó, porque posteriormente vio que venían como anillo al dedo a su propósito. Así

había ocurrido no mucho tiempo antes con *Une année en Espagne* de Charles Didier (París, Librairie de Dumont, 1837) o con los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica* de Mesonero Romanos (Madrid, Miguel de Burgos, 1841).

Para la elaboración de *Une année en Espagne* –más de 800 páginas en dos tomos–, cuyo texto sigue el orden cronológico de su viaje, Didier se sirvió también de un diario – lamentablemente perdido hoy, como el de Gil–, en el cual intercaló fragmentos de cartas que desde España había enviado a sus amigos, así como varios artículos que previamente había publicado en la *Revue des Deux Mondes* (Cfr. Freire: 2011).

Y cuando Mesonero Romanos publicó en 1841 sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*, primero en el *Semanario Pintoresco* y después en volumen, intercaló episodios, que constituyen capítulos enteros, de un viaje anterior a Francia e Inglaterra, que había emprendido en agosto de 1833 (Cfr. Freire: 2014). Y todavía en la edición de 1862, Mesonero convirtió en capítulo primero lo que en 1841 era la Introducción, y añadió como Epílogo, que tituló "Vuelta a casa", un artículo que en abril de 1835 había visto la luz en el *Panorama matritense*, y que, titulado entonces "La vuelta de París", le venía como perfecto broche final para esta nueva edición (Cfr. Freire: 2014).

Por esta razón y por otras que expondré, es muy posible que Gil redactara su *Diario* para sí mismo, pero sin descartar utilizarlo más adelante para un libro del que también pudieran formar parte otros textos suyos publicados en la prensa.

El primer artículo en *El Laberinto* (16–8–1844)

Aunque el verdadero viaje de Enrique Gil había comenzado con su salida de España, cuando embarcó en Barcelona el 20 de mayo de 1844 rumbo a Marsella, en el vapor *El Fenicio*, no comenzó a escribir su *Diario* hasta el 9 de agosto, en que salió de París en diligencia, camino de Bruselas, después de una estancia de dos meses largos en la capital francesa. En ella fechó el 10 de julio un artículo que, en forma de carta, envió al director de *El Laberinto*, su amigo Antonio Flores, y que apareció en este periódico el 16 de agosto. La carta contiene las primeras noticias de su viaje: una síntesis de lo que fue su primera etapa. Quizá por eso, algunas ediciones que recogen este artículo –no lo hace Jorge Campos en Gil: 1954– lo titulan *Viaje a Francia* (Picoche: 1978, Ramón Alba en Gil: 1999) o *Viaje de Lyon a París* (García Romeral: 1995), cuando en *El*

Laberinto carece de título, apareciendo únicamente bajo el epígrafe común de *Viajes*.

En esta carta al director, redactada en tono cordial, le cuenta Gil que hasta París le ha llegado la noticia de "lo poco contento que usted se muestra de mí, viendo la mala cuenta que doy de la promesa que le hice de remitirle algunos artículos de viaje". Esto es lo que le mueve a escribir esa carta, en la que hace concebir al director del periódico muy pocas esperanzas de recibir más en adelante, "porque a decir verdad, señor director, ni supe lo que le prometí, ni contaba con la huéspeda, es decir, con el modo de viajar en esta tierra de rápido progreso". Relata a continuación las penurias del viaje, y concluye preguntando: "¿Cómo quería usted, pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos?". En el mismo artículo, cuando habla de su llegada a Fontainebleau, después de haber pasado dos malas noches en el trayecto de Marsella a Lyon, donde se había propuesto detenerse para contemplar sus bellezas, se disculpa nuevamente por no describirlas con más detalle, porque "veinticuatro horas no bastan para formar juicio exacto de tantas cosas", y porque personalmente le ha interesado más contemplar el velador sobre el que Napoleón firmó su abdicación, a pesar del escaso valor material de tal objeto. Gil quiere ser un viajero libre, que cede al capricho, y no un cronista que describe lo que cualquiera puede encontrar en una guía.

Esta es, en principio, la razón por la que Gil no va a continuar enviando al periódico sus impresiones de viaje. No quiere ser como los escritores extranjeros que visitan nuestro país, los cuales, al decir de Mesonero Romanos, "después de permanecer en España un mes y veinte días, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del Reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragón y Cataluña (...) regresan a su país llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones" (Mesonero: 1881: 9). Gil sabe que entre sus compatriotas es considerado como "hombre de juicio y de conciencia" y se disculpa: "¿Cómo quería usted, pues, que a riesgo de dar al traste con esta su caritativa opinión, fuese a incurrir en un vicio que no hace mucho tildaba en la mayor parte de los extranjeros que de nosotros hablan?".

Si a esa necesidad de ponderación y de sosiego antes de escribir unimos su salud frágil, que Gil en su artículo disfraza de pereza, se comprende que prefiriera comenzar tomando unas notas, redactando un diario de viaje, antes que textos para la prensa.

Pero hay una razón más para que Gil no desee consignar para el público un viaje que otros han hecho antes que él y que han publicado –y con fortuna– recientemente. Por eso pregunta al director de *El Laberinto*:

> ¿De qué quiere usted que le hable ahora? ¿Por ventura, de la fisonomía extraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.? Para eso juzgo mucho mejor para el periódico y más descansado para usted copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribió *El Curioso Parlante*, que al cabo por la circunstancia extraordinaria de haber residido más tiempo y por la ordinaria de tener más juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso.

No creo que sea necesario buscar más explicaciones al hecho de que Gil no registrara en artículos de prensa los dos meses que se detuvo en París, y que pospusiera el posible envío de nuevos artículos hasta que finalizara su estancia en la capital francesa: "Después de mi salida de Francia procuraré ser más puntual, si la obligación (que, como usted sabe, no es floja) consiente algún espacio a la devoción".

La excursión a Rouen

No obstante, aunque se había desvinculado del compromiso de remitir a *El Laberinto* colaboraciones periódicas, desde París todavía envió una más, que se publicó el 16 agosto. El artículo "Rouen", aunque relatado desde la primera persona narrativa y en un tono cordial y hasta con ribetes humorísticos, es un texto pensado para la prensa, en estilo descriptivo, escrito con el propósito de informar. Pinta con la palabra para mostrar al lector lo que éste no conoce, y no con ánimo de perpetuar para sí mismo la memoria de un periplo personal. El motivo de la excursión a Rouen estaba relacionado con su misión diplomática, pues se trataba en primer lugar de "recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país". Secundariamente, deseaba contemplar "lo delicioso de las orillas del Sena, que había oído ponderar mucho (...), y por último la rara fisonomía de la antigua capital normanda". Una excursión que sin duda se decidió a relatar porque no lo había hecho su amigo Ramón Mesonero ni, probablemente, los autores de otras obras recientes, que sin duda Gil conocía. La literatura de viajes era una moda relativamente reciente, cultivada sobre todo por los extranjeros que visitaban España, y Enrique Gil no solo conocería, sino que habría mantenido conversaciones con otros literatos sobre *Les orientales* de Victor Hugo, la *Peregrinación de Childe Harold* de lord Byron, las *Lettres sur l'Espagne* de Prosper Mérimée, *Un année en Espagne* de

Charles Didier, el *Voyage en Espagne* de Theóphile Gautier, y hasta es posible que las *Scènes de la vie spagnole* de la Duquesa de Abrantes. Y, desde luego, sobre el *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tétouan* del Barón Taylor, que en 1836 había sido elogiado en *El Artista*. De los *Bosquejos de España* de Samuel Edward Cook había escrito él mismo una extensa reseña, en la que manifestaba conocer, además, otras dos obras inglesas, *La Biblia en España* de Borrow, y las *Escenas de la vida en México* de la señora de Calderón de la Barca[14].

Menos frutos había dado en 1844 la literatura española de viajes, porque bastantes de los españoles que los habían realizado no los escribieron. Pero entre los que sí lo hicieron se hallaba Modesto Lafuente, que en 1842 había publicado en dos volúmenes sus *Viajes de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (Madrid, Establecimiento Tipográfico de la calle del Sordo), que tuvo dos reediciones en 1843 y 1844, antes de que Gil emprendiera su viaje, y cuyo itinerario era semejante al suyo; lo mismo que el de Ramón de la Sagra, que ese mismo año 1844 publicaba en Madrid, en la imprenta de Hidalgo, los dos tomos de su *Relación de los viajes hechos en Europa*, en los que trataba precisamente de su recorrido por Bélgica y Holanda en 1838. Y, desde luego, Gil habría leído los relatos de viajes que cada vez era más frecuente insertar en revistas y periódicos en los que él mismo colaboraba, como *El Laberinto* o el *Semanario Pintoresco Español*. Estas obras y, sobre todo los *Recuerdos de viaje* de Mesonero Romanos, publicados primero en el *Semanario Pintoresco* en 1841, y ese mismo año en tomo, hacían innecesario a ojos de Gil que él escribiera para la prensa sobre los mismos itinerarios, en fechas tan próximas. Lo que él podría aportar sería su personal percepción, su propia experiencia viajera, y para ello nada como un diario, que más adelante, con tiempo y con calma, pudiera revisar.

Un viaje profesional

Cuando Enrique Gil embarca en Barcelona en mayo de 1844 no ha cumplido todavía treinta años, es joven, pero no está en plena forma,

[14] Este es el título que da Gil y Carrasco en su artículo. La obra de la escocesa Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca (1804-1882), marquesa de Calderón de la Barca, se publicó en 1843 en Londres como *Life in Mexico during a residence of two years in that country.*

como se suele estar a esa edad. No tiene buena salud. Hace cinco años que le roe la enfermedad que acabará con su vida. El motivo de su viaje es una misión diplomática en la que, a la vista de sus informes oficiales, puso todo el empeño y la seriedad de quien es consciente de que se le ha encomendado una tarea delicada. La documentación de archivo acredita que se le dio plena libertad para trazar su propio itinerario, y para detenerse el tiempo que estimara conveniente en los lugares, para el cumplimiento de su encargo. Por eso no debe extrañar que la ruta no sea lineal y que haya pasos adelante y atrás a lo largo de un camino que le llevó cinco meses recorrer.

El encargo que le había hecho el Ministerio de Estado era amplio y al mismo tiempo concreto, bien detallado en las órdenes que se le proporcionaron. Lo que el Ministerio le había encargado era el estudio y posterior informe de "los diferentes reinos que formaron parte del antiguo Cuerpo germánico", lo que se concretaba, según la Real Orden de 23 de febrero de 1844, en atender a

> 1° El estado político de cada uno [de los países integrantes], sus relaciones con los demás de la confederación y potencias extrañas, poblaciones, rentas y fuerzas militares; 2° Leyes que constituyen la organización general, provincial y municipal; 3° Estadística; 4° Instrucción primaria, secundaria y superior: establecimientos científicos y literarios; 5° Agricultura, sus adelantos y presente situación; 6° Cría de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios a que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas; 7° Examen de la industria en los ramos principales a que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros; 8° Comercio de importación y exportación: artículos que alimentan uno y otro: consumos del país: productos de nuestro suelo o industria que tuviesen demanda, o que ofrecieran útil despacho, y medios adecuados para introducir su uso; 9° Organización del Zolwerein o Liga Telónica de Alemania, estados que se han adherido a la unión aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasiona; y relaciones útiles que la España pudiera entablar con el Zolwerein; 10° Navegación de los estados alemanes situados a orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de las ciudades [h]anseáticas; y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania; 11° Líneas de los caminos de hierro (Apud Gil: 2015-VIII: 64–65).

La Real Orden concluía comunicándole que

> En resumen, la Reina quiere que V. forme un cuadro exacto de cada uno de los Estados que visite y que resalten en él con especialidad todas las noticias que convenga difundir en nuestro país, para mejorar la situación moral y material del pueblo, ilustrándolas usted con las observaciones que le sugiera su celo (Apud Gil: 2015-VIII: 65).

Esto, sin contar con las instrucciones de carácter político que –como presume su hermano Eugenio (Gil: 1883: LX)– se le pudieran haber transmitido de manera confidencial o reservada, habida cuenta de las entonces delicadas relaciones diplomáticas entre España y Alemania. En cualquier caso, Gil buscó la manera de establecer contactos con altos funcionarios prusianos, que pudieran facilitarle información para el cumplimiento de su tarea.

Pero nada de esto lo consignó en su *Diario*, como lo habría hecho un viajero dieciochesco. Gil separa, a la hora de escribir, su misión diplomática y su labor literaria, la obligación y la devoción, como le había escrito al director de *El Laberinto*. Lo relativo a su encargo oficial cuajó en informes, redactados en francés, a los que dio prioridad, quedando relegadas durante ese tiempo sus tareas literarias a un segundo plano.

Vistas así las cosas, y al ritmo que se vivía hace casi doscientos años, ya no parece tan desmesurado que desde que salió de Madrid a finales de abril de 1844, hasta que finalmente llegó a Berlín en los últimos días de septiembre, transcurrieran cinco meses.

Un diario personal

En el *Diario* confluyen casi todas las características comunes a los libros de viajes: la narración primera persona, ya que se trata de una experiencia personal y el autor es el propio viajero; la alternancia de narración y descripción; el orden lineal en el tiempo, aunque se intercalen excursos o fragmentos de historia o de leyenda que escapan al momento presente del narrador. Solo una diferencia existe entre la mayor parte de las obras de literatura de viajes y el *Diario* de Gil, y es que la estructura de éste no es circular, ya que al final del relato el lector no retorna con el narrador-viajero al punto de partida, al que éste nunca volvió.

Parece razonable la disculpa con que Fernando de la Vera e Isla, en el Prólogo a la primera edición de las *Obras en prosa* de Gil y Carrasco, después de haber hablado de otros escritos del berciano, se eximía de ocuparse de la obra que ahora nos interesa:

> de los [textos] que se refieren a viajes y costumbres nada diré, porque no ha de dar mayor interés a las noticias útiles, amenas y curiosas que contienen el repetirlas aquí, y en cuanto a las bellezas que abundan en la descripción de tipos y paisajes, son de aquellas que entran en el ánimo por impresión y no por examen, y se saborean mejor que se analizan (Gil: 1883; XVIII–XIX).

Pero, si en aras de su admiración quiso evitar hablar del *Diario* de Gil, también evitó, como otros después de él, el análisis, que no se puede obviar y que merece más atención de la que podemos dedicarle ahora.

Las diferencias entre los distintos relatos de viajes derivan del propósito del autor, y de ahí el mayor o menor peso de los elementos: el propio yo, la narración de las peripecias vividas, la descripción de otros mundos desconocidos para el lector, la comparación con el propio, la incorporación del lector al relato, etc. En el caso que nos ocupa, la forma de diario no es una ficción. Gil escribe al día y lo hace para sí –"Tenía necesidad suma de reposo y voy a acostarme las pocas horas que me deje libre mi viaje a Bruselas" (10 de agosto); "Hace una hora que he llegado, bastante rendido", escribe ese mismo día en caliente, pues finalmente no pudo descansar en Lille; "Hoy he pasado la mañana escribiendo comunicaciones para el Ministerio de Estado", consigna ya en Bruselas–, aunque en algunos pasajes aluda a un hipotético lector, casi siempre para disculparse por la brevedad de lo que relata o describe, con ánimo de no cansarle.

A lo largo de todo el texto, Gil se permite comentarios que seguramente suprimiría si se tratara de un texto para la imprenta, ya sea sobre sus frecuentes malestares –"He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando a menudo y muy desasosegado"–; ya juicios sobre personas –"Del ministro de las ciudades [h]anseáticas, Mr. Rumpff, y del de Holanda, general Fagel, también salgo satisfecho. Ambos me han dado cartas y me han hecho buena acogida. La familia Gasc, con quien he vivido un mes, me deja un recuerdo agradable"–; e incluso apreciaciones que, tal como las expresa, podrían molestar a algunos lectores: "Afortunadamente, el país que atravesamos es lo más feo y monótono que he visto hasta ahora en Francia, y poco he perdido con no poder observarlo muy despacio".

Pero son muchos más los comentarios que nos ayudan a conocer al viajero-autor, que manifiesta sentimientos de alegría, pesar o melancolía, gustos y preferencias, comentarios que revelan su sentido del humor o juicios sobre obras artísticas, de los que ahora solo cabe espigar algún que otro ejemplo. Gil se muestra como un buen observador de las personas y

en concreto de las mujeres, sobre las que con frecuencia desliza comentarios valorativos, propios de quien se ha detenido en el análisis. El 11 de agosto en Bruselas observa que "la raza me parece superior a la francesa, principalmente las mujeres, entre las cuales las he visto muy lindas y, sobre todo, bien formadas", merecedoras, sin duda, de mayor elogio que el propio paisaje, que compara con otro tipo femenino que no le agrada: "la belleza de esta tierra es como la de las mujeres que nos pinta Rubens, hermosas sin duda, pero sin gracia y *no sé qué*". En la casa de juego de Aquisgrán, descubre el 2 de septiembre una concurrencia muy lucida, entre la que había "muchas damas y algunas jóvenes lindas", lo mismo que en Hannover donde el 22 de septiembre anota que "las gentes, sobre todo mujeres, bien parecidas", algo que había echado de menos el día 15 en Wiesbaden, donde "las mujeres hermosas escaseaban".

Su sentido trascendente asoma en algunos comentarios, fruto de sensaciones que experimenta y de reflexiones que éstas le suscitan. Uno de los párrafos más reveladores lo escribe en Ostende la noche del 15 de agosto:

> Todo el día de hoy ha estado lleno de sensaciones vivas para mí. En las iglesias de Gante se celebraban oficios con excelentes músicas; en las de Brujas me he encontrado la celebración de vísperas con gran pompa y un gentío extraordinario. Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla: Heme aquí en un país extranjero absolutamente solo, y, sin embargo, a millares encuentro hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre; estas son las mismas escenas a que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un *no sé qué* de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían el recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud. Y, sin embargo, todas estas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; de las creencias que nunca debiéramos no ya perder, sino ni un arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán.

En varios momentos a lo largo del *Diario* se refiere a la muerte, que parece sentir cercana cuando escribe en Coblenza el 9 de septiembre: "Si la suerte me condenase a vivir y morir lejos de los míos, de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo". Pocos días después, el 17, ya en Frankfurt, lamenta que "en los cementerios de Francia parece notarse un empeño de encubrir, por lo menos, de disfrazar a la muerte; en los de

aquí, al revés, de suavizarla y hermosearla en lo posible, sin despojarla, no obstante, de su carácter de separación y de tristeza".

También reflexiona Gil sobre su propia escritura: "Difícil es dar cuenta circunstanciada en este diario de cuanto veo, cuando las impresiones se amontonan y confunden" (Amberes, 20 de agosto). Y, como escribe al día, admite que pueda cambiar de parecer sobre algo que ya ha anotado, como le ocurre a propósito de ciertas obras de arte: "De todas maneras, estos apuntes no son más que la primera impresión, y, de consiguiente, aun para mí mismo tienen poco peso, pero mañana, volveré al museo, que todos los días está abierto, y procuraré rectificar mi juicio" (Frankfurt, 17 de septiembre).

Algo que refuerza mi convicción de que el profesor Picoche, cuando preparó su excelente estudio, apenas prestó atención al texto del *Diario*, es que al hablar del mar en la obra de Gil afirma que "lo describe poco y casi exclusivamente en sus versos. En ellos, lo más notable es el ruido rítmico, que se asemeja al de la poesía (...) El poeta es hijo de León, del interior. Siente el mar como poeta o músico, por su ritmo, pero no trata de expresar su emoción en la prosa" (Picoche: 1978: 176). Sin embargo, los pasajes del *Diario* en los que Enrique Gil habla del mar contradicen estas afirmaciones. El domingo 25 de agosto, en La Haya, "la mayor diversión fue ver el mar" y, después de haber pasado largo tiempo contemplando el mar y la playa, confiesa: "Cada día me inspira más amor este elemento, y si viviera en puerto, su orilla sería mi paseo favorito".

En suma, el *Diario de viaje* de Enrique Gil es como hoy lo conocemos y no de otra manera porque el autor escribía con la libertad de quien lo hace para sí, y porque había leído, había reflexionado y había conversado con otros escritores acerca de un género tan de moda en su tiempo.

Rechazos y elogios a otros modos de cultivar la literatura de viajes explican la personal escritura de su *Diario*. Gil, que compartía los juicios de Mesonero sobre los desafortunados relatos de algunos escritores extranjeros, evita en su redacción los defectos en que incurrían aquellos a los que llamó "estas buenas gentes que tiran tantas piedras a nuestro tejado [y] podían mirar que el suyo no es de bronce" ("Rouen").

Mesonero, en sus *Recuerdos*, que con falsa modestia llama "pobres borrones", apunta "algunas ideas que determinan el verdadero punto de vista bajo el cual desearía que fueran juzgados", ideas que pueden aplicarse sin dificultad al *Diario* de Enrique Gil:

> Es la primera: que nunca fue mi ánimo el formar un viaje crítico ni descriptivo (...) ni veo para ello una necesidad, supuesto que son tantos y tan buenos los libros que existen sobre la materia.–

> Segunda: que tampoco llevo la pretensión de convertirme en mi propio coronista, achaque de que suelen adolecer algunos viajadores que entienden dar al público lector tan grato pasatiempo como a ellos les produce el recuerdo de sus propias aventuras.– Y tercera y última: que habiendo de tratar de cosas muchas veces dignas de encomio y de imitación, injusto y aun criminal sería, en quien se precia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores y buscar en la paleta aquellos colores que solo guarda para combatir los objetos que crea dignos de festiva censura. Esto supuesto, no busque el lector en estos artículos ni metódica descripción, ni pintura artística o literaria, ni historia propia, más o menos realzada con picantes anécdotas; ni sátira amarga siempre, ni pretexto constante para hacer reír a costa de la razón (Mesonero: 1881: 23-24).

Defectos que también Gil procuró evitar y que, unidos a los juicios positivos que expresó sobre textos viajeros ajenos, nos dan la clave de las cualidades que para Gil debía reunir el autor, y en consecuencia el texto de literatura de viajes.

Sirva de muestra su análisis crítico de los *Bosquejos de España* de S. E. Cook que, publicado en Inglaterra en 1834, vio la luz en traducción española en marzo y abril de 1844, muy poco antes de que Gil emprendiera su viaje sin retorno. No cabe duda de que lo que en él encontró susceptible de alabanza se halla sin dificultad en su propio *Diario*, a pesar del distinto planteamiento y estructura de ambas obras. Admira Gil el estilo, "modesto y desnudo de pretensiones" (Gil: 2014-V: 178) "un estilo en que descuellan la concisión y el rigor como primeras cualidades", que refleja la serenidad de juicio, ponderación y equilibrio de su autor. Alaba la "benevolencia y nobleza" que cada página transpira (Ibidem), la naturalidad, la sencillez y la gracia. Y elogia "aquella modestia, templanza y bondad que tan agradable hacen la lectura de su obra" (Gil: 2014-V: 202). Todo lo cual nos recuerda las palabras de Ricardo Gullón cuando afirmó que en el alma de Enrique Gil había "un fondo último de inigualada bondad que le permitió alcanzar en plena juventud una serenidad de juicio y de pensamiento (...) Enrique Gil es hombre de reposo, apacible, más amigo de dar a cada uno lo suyo que de entregarse a rotundas afirmaciones y negaciones" (Gullón: 1943: 415).

El contenido de su *Diario*, como el de los *Recuerdos* de Mesonero, se reduce:

> A poca cosa.– A algunas observaciones propias; a tal cual comparación imparcial; a tal otra crítica templada; a indicaciones tal vez útiles; a episodios tal vez inconexos, y el todo reunido, a contribuir (si bien con escasas fuerzas) a pagar el obligado tributo

> que en todas las acciones de la vida debe cada individuo al país en que nació (Mesonero: 1881: 24).

Enrique Gil podría suscribir sin dificultad lo que muchos años después escribió Emilio Castelar de sus propios *Recuerdos de Italia*:

> No es en realidad un libro de viajes. Yo no he intentado añadir una obra más a las excelentes que tenemos en castellano (...) y que andan entre las manos de todos. Cuando un pueblo, un monumento, un paisaje han producido honda impresión en mi ánimo, he tomado la pluma y he puesto empeño en comunicar (...) con toda fidelidad esta impresión (Castelar: 1872: VI).

Con esta libertad actuó Gil.

Como decía al comienzo, la literatura de viajes es todavía susceptible de amplia y profunda investigación. La tipología de la narrativa viajera es rica y ofrece gran variedad, incluso tratándose de los libros de viajes de un mismo autor[15]. Por eso es aconsejable no juzgarla con arreglo a patrones prediseñados, y ya no digamos si, como en el caso de Gil, su autor no llegó a dar su obra a la imprenta, porque en los libros de viajes cabe casi todo. Hasta cabe, con más frecuencia de la que podría parecer, que el libro de viajes se confeccione a partir de diversos elementos (artículos, cartas, anotaciones personales), uno de los cuales podría haber sido el que hoy conocemos como *Diario de viaje* de Enrique Gil y Carrasco.

Bibliografía

CASTELAR, Emilio. (1872). *Recuerdos de Italia*. Madrid. Imprenta de T. Fortanet.

FREIRE LÓPEZ, Ana M.ª. (2011). "La España de Larra en la literatura de viajes (A propósito de *Un année en Espagne* de Charles Didier)". *Larra en el mundo. La misión de un escritor moderno*. J. Álvarez Barrientos, J. M. Ferri Coll y E. Rubio Cremades (Eds.). Alicante. Publicaciones de la Universidad de Alicante. 213–224.

[15] Emilia Pardo Bazán supo verlo en las obras viajeras de Pedro Antonio de Alarcón: "*De Madrid a Nápoles* es la paginilla dumasiana, la impresión a flor de espíritu, exteriorizada apenas sentida; el *Diario [de un testigo de la Guerra de África]* es ya el viaje vivido, real, incorporado al alma del que lo refiere, pero algo dañado aún por las imposiciones del momento histórico (...). *La Alpujarra* es prolongación del *Diario* en lo que éste tiene de más artístico y selecto, depurado de las escorias que arrastraba el torrente patriótico entre sus ondas puras. Siendo *La Alpujarra* un delicioso libro 'de ver y andar', es algo más: evocación histórica no indigna de la pluma de un Thierry" (Pardo: 1892: 22).

—. (2014). "Mesonero Romanos ante la literatura de viajes romántica". *La Península romántica. El Romanticismo europeo y las letras españolas del XIX*. José María Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades (Eds.). Palma de Mallorca. Genueve Ediciones. 2014. 117–128.

GARCÍA ROMERAL PÉREZ, Carlos. (1995). *Bio–bibliografía de viajeros españoles (Siglo XIX)*. Madrid. Ollero y Ramos.

GIL Y CARRASCO, Enrique. (1883). *Obras en prosa* por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera e Isla, precedidas de un prólogo y de la biografía del autor. Madrid. Imprenta de la Viuda e Hijo de D. E. Aguado. 2 tomos.

—. (1954). *Obras completas*. Edición, prólogo y notas de Jorge Campos. Madrid. Atlas (Biblioteca de Autores Españoles. Tomo LXXIV)

—. (1985). *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Edición de María Paz Díez-Taboada. León. Diputación Provincial (Breviarios de la Calle del Pez, 10).

—. (1999). *Artículos de Viajes y de Costumbres*. Edición de Ramón Alba. Madrid. Miraguano Ediciones.

—. (2014-V). *Obras Completas*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen V. *Miscelánea*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de César Gavela, Noemí Sabugal y José Luis Suárez Roca. A Coruña. Paradiso_Gutenberg. Edición digital para Kindle en eBooksBierzo.

—. (2015-VIII). *Obras Completas*. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII. *Último Viaje: Diario Madrid-París-Berlín*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de César Gavela, José Luis Suárez Roca, Pamela Phillips, Paz Díez-Taboada y Manuel Cuenya. Reproduce los *Manuscritos de Enrique Gil*. A Coruña. Paradiso_Gutenberg. Edición digital para Kindle en eBooksBierzo.

GULLÓN, Ricardo. (1943). "El poeta de las memorias". *Escorial*. 29 (marzo). 415–431.

MESONERO, ROMANOS, Ramón de. (1881). *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 a 1841*. Madrid. Oficinas de La Ilustración Española y Americana.

PARDO BAZÁN, Emilia. (1892). "Pedro Antonio de Alarcón". *Nuevo Teatro Crítico*, 13. 20–54.

PICOCHE, Jean–Louis. (1978). *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815–1846)*. Madrid. Gredos.

PONZ, Antonio. (1772–1794). *Viage de España o Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*. Madrid. Ibarra. 1772–1794. 18 volúmenes.